



La Noche Terrible.

Ricardo GARIBAY

CUENTEME —comencé diciéndole de buenas a primeras, cuando sorbíamos el café de la sobremesa y encogíamos nuestros cuerpos al calor de la estufa oyendo zumbiar el aire frío tras de la puerta desvencijada— de algunos momentos en que haya sentido miedo.

El hombre sonrió ligeramente.

—Miedo he sentido muchas veces —dijo llevando las palabras desde un arranque agudo hasta los tonos graves y cadenciosos con que los norteros balancean su decir.

—Pero miedo de veras. . .

La mujer preparaba una nueva olla de café sobre las lentas brasas; luego se arrebujó y fué a sentarse en un taburete, al fondo del cuarto. El viento arreciaba afuera. A lo lejos aullaban los coyotes. De los corrales venían los relinchos de los nerviosos caballos. Rodaban truenos lejanos.

—¿Miedo? ¿Miedo? —decía el hombre sobándose con los dedos de una mano las mejillas, mientras que con los de la otra tamborileaba sobre la mesa—. ¿Miedo?

Entonces siseó la mujer escondiendo la cara entre sus hombros encogidos, como si hablara consigo misma:

—Pos luego el loco aquel del chaparral. . . —y balanceó la frase norteña.

El hombre irguió la cabeza y tomó la actitud de quien a gran distancia vislumbra una señal inesperada, se limpió la boca con la servilleta, encendió un cigarro —su cara se contraía deteniendo las frases y soportando la lumbre del cerillo y el humo de la primera bocanada —y dijo:

—¡Ah ese sí fué susto, sí señor, Madre Santísima, ya lloraba! —y guardó silencio, recordando.

—¿Qué andaba haciendo allí, pues? —preguntó volviéndose a la mujer.

—Pues ¿no buscando las reses aquéllas. . . ?

—¡Cállate la boca! —se volvió hacia donde yo estaba— Que andaba yo cortado por los chaparrales buscando unas reses bravas-pintas-gordas-muybuenasreses que se nos habían huído p'al monte. Tanto tiempo solas por ahí, ni quien las viera. Todos

los años era lo mismo. Todos los años hacíamos un rodeo pa juntar las reses del rancho pues.

—¿Y para qué?

—Para la venta. Allá antes del calor venían los gringos a comprar ganado. Caballar y lanar y vacuno y porcino —aspiraba profundamente el humo de su cigarro, se hurgaba la comezón bajo la blusa—; de todo, que ellos necesitan en sus tierras. Ese era el negocio de mi padre. . . Y andan los animales ya te digo, solos sin quien vea por ellos. Y crecen gordos, bonitos; mira unas bestias de este tamaño, y bravos ¡uy señor! como que no ven a nadie.

—¿No hay vaqueros?

—¡Qué vaqueros! Si son llanadas mira, que se pierde la vista. Y en aquel breñal ¿quién va a andar metido? No, no, no. Bueno, pues se nos habían cortado una porción de reses por El Toloache, allá hay mucha planta mala, que no eran tierras nuestras, y me dice Manuel que la hacía de padre con todos nosotros, pues mi papá qué iba a saber, maestro de escuela hazme el favor, muy buen hombre, muy estimable, pero de campo, lo que se llama de campo, no sabía nada: “mira coge dos peones y te vas al Toloache que por allá han de andar todas las pintas”. Yo me le quedé mirando y dije ay pelao. . . . pues con miedo pues, pus estaba muy chico. . . .

—Catorce años —susurró la mujer.

—Por ahí, catorce, quince años. . . . y como que no quería ir, y aquél que era malo, ¡ah gordo tan sinvergüenza!

—¡Caramba!

—Sí señor, era muy duro, y luego pienso que con razón. Te imaginas nosotros, nueve pelaos sinvergüenzas, revoltosos y peleoneros, sí señor, ¡ah notiene remedio! ¡Que mi padre prefirió mandarnos al rancho en vez de tenernos en la escuela! ¡Ah. . . ! Bueno, pues estaba haciéndome remolón y me grita, jajaja, ¡gordo canijo!: “Pero ya te vas que te va a agarrar la noche”. Ay amigo. . . y ni modo ¿qué hacía? Ni modo. Bueno. Llamé dos peones que teníamos, muy buenos, indios cerreros, grandotes y buenos pa la lazada, y le digo a uno de ellos: a ver tú, traime unos caballos frescos y los ensillan que nos vamos al “Toloache”. Aquéllos no dijeron nada, trajeron los caballos y nos fuimos. Pensába-

mos, cayendo la tarde, matar un venado y asar la carne. Cuando había rodeo nunca nos hacían bastimento, así cada quien mataba lo que podía y comía donde le daba el hambre. Y así vamos. Mira aquellos son unos chaparrales pero tupidos que así que ir abriendo con machete. Los caballos nomás levantan la cabeza y cierran los ojos para cubrirse de las espinas.

—Qué, ¿no hay veredas?

—¡Qué veredas! Si nadie va por allí. Son caminos que nadie transita, pues.

Y siguió contando cómo se internaron en el breñal cuando el sol declinaba. El horizonte era un perfil erizado de espinas y ramazones. La garra del mezquite, su copa rala y blancuzca, alterna allí con la copa enana, vigorosa y ceñuda de los chaparrales, cuajados de espadas temibles. La tierra seca, parda, agrietada o casi arenosa en muchas partes, el cielo límpido, blanco de luz y de sol inmisericorde, y lento y duro, que cae a plomo sobre la infinita y humilde vegetación, esperan al viajero para acompañarlo en jornadas de memoria execrable.

Cuando estaba al filo del crepúsculo continuaban al trote, como al principio, hacia una inmóvil lejanía. Los caballos, cubiertos de sudor y de polvo, se detuvieron en un aguaje. Los hombres desmontaron y se repartieron los puntos de acecho de una improvisada cacería. Tenían que bajar al agua los venados; los hombres sabían eso, y cada uno en su sitio aguardó pacientemente hasta antes de que llegara la última luz. Entonces su previsión campesina les trajo los venados, y al rato, ya con las primeras estrellas, comían la carne asada, y conversando de esto y lo otro, calculaban el camino andado y el que faltaba por recorrer.

—Es grande el Toloache, pues.

—Pues mira, yo na más sé decirte que lo quisiera más chico pero sin tanto mitote.

—Ahora nos vamos cada quien por un lado. Tú agarras cortando por todo este lado de acá, y tú por acá y yo así me voy, a ver si las sorprendemos, aunque ya cerró la noche.

—Ta bueno. Bueno ¿y qué pues con don José?

—Pues así está, pues así está, es lo que te digo. Acostumbrándose quién sabe, pero prefiero andar

como ando que pasarme prendiendo mechas día y noche, pos va...

—Pos la vieja no hizo más que defenderse. Y los huercos ya han de estar grandes ¿no?

—Están en Macalen, allá está la vieja también.

—Y ton's ¿qué? ¿aquí lo tienen nomás?

—¿Pos dónde?

—Pero ¿cómo va a estar bien pues, si son sus hijos? Bueno a mí nunca me lo han hecho, pero diablo de vieja tan sinvergüenza, quién sabe...

—Pos todos somos humanos, una tarugada cualquiera l'hace, total... ¡no hombre! ¡Y tenerlo así! No hay derecho señor. Mira yo paso, está bien, pero ni siquiera pues hacerle la lucha.

—La lucha ya se la hicieron, pos por eso está'y billetes que se echó don José!

—Y ya empezaba a desmontar, ya habíamos llegado ¿más acá del cuarto?, ya habíamos llegado más acá. No hay derecho...

Hablaban los peones acucillados ante la pequeña hoguera, fumaban pausadamente sus cigarros, hasta que interrumpió el muchacho impaciente:

—¿Qué traen pues?

—Ya mejor sabrás más adelante. No todo son caballos huercos canijo. Amonos yendo...

Se dispersaron para buscar por diferentes rumbos a la vez. Desle hacía rato estaban en las tierras de El Toloache. Los animales debían estar por ahí, ramongando, o echados cerca de algún aguaje recóndito.

Una luna raquítica inició su ascenso por un lado del chaparral. El muchacho iba solo. "No me va a ayudar esta luna", pensó, "y lo peor es que no coozco por aquí; ya no se oyen los gritos de aquéllos. ¿Y ora este viento?". Se había soltado un viento a flor de tierra; levantaba nubes de polvo. Otras nubes, muy altas, comenzaron a descender. Zumbaban los mezcuites y los chaparros; tronaba la arena al chocar contra los troncos y las ramazones. El jinete, doblado sobre su montura, avanzaba casi a tientas, animaba al caballo llamándolo por su nombre y palmeándole fuertemente el cuello. Trataba de pararse en los estribos, pero una masa negra y cortante lo obligaba a desistir de su empeño; entonces, echado sobre el animal, cubriéndose la boca con las manos gritaba con todas sus fuerzas a los peones. El viento arreciaba, la tierra y las ramas desprendidas azotaban el aire, las nubes ennegrecían completamente el cielo. Todo era un rumor que se pegaba con furia a las ropas, que chicoteaba la panza del caballo, y ensordecía, y ahogaba los gritos.

Y vino de pronto, y se fué rápidamente, una lluvia de ráfaga, y quedaron limpias la noche y la llanura, limpias y fragantes.

El muchacho se había guarecido en una hondonada; allí había soportado el último ímpetu del aire y el aguacero. Ahora se levantaba, arreglaba la silla, montaba y reanudaba la marcha sin querer encontrar más que cuatro paredes donde tumbarse a dormir.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto tiempo llevaba caminando después de la lluvia? La luna iba muy alto, el viento de la estrelladísima noche silbaba quedamente arriba del matorral.

Llegó a la vía del ferrocarril. La soledad ahí, a lo largo de la vía, sonando en los alambres del telégrafo, era mucho más vasta, la llanura mucho más solitaria, y la comba del cielo más oscura. El jinete encendió un cigarro, aspiró con fruición y arrojó un humo invisible. "Siempre ha de tener más fuerza el aire que la boca", pensó disgustado. Tiró el cigarro, cruzó la vía y siguió adentrándose en los terrenos de "El Toloache".

—Ya me cansaba amigo. Primero la tierra, luego el agua loca aquella, y luego que estábamos en febrero, con aquel frío. Llevaba yo una borrega bien ceñida pero ni por esas, pues. ¡No si era un frío! Y el miedo que llevaba, ¡pa su mecha!

Encendió otro cigarro, sorbió el café.

La mujer dormitaba entre sus hombros friolentos.

—Bueno, ¿y qué pasó?



—Pues ai iba yo, al paso, tratando de ver. Cuando de pronto vi una lucecita, lejos, y p'allá voy me dije y en efecto. Pero se apagó la lucecita, seguí caminando, y se volvió a encender. ¿Qué será?, me dije, t'aba raro, pues. Allá las luces se prenden y no se apagan, o se apagan y no se prenden, pero no se apagan y se prenden. Era raro, pues, pero yo estaba muerto de cansancio, mira con una sed... y la bestia estaba rendida, muy buena bestia, un penco-grande-fuerte-buenoparaandar, pero es que habíamos caminado quién sabe cuantísimo si ya ni conciencia tenía. Mira, las manos las tenía yo duras como piedras, agarrrotadas, apretando las riendas, y no le aflojaba, y no le aflojaba, y la lucecita se apagaba y se encendía. Ya estábamos cerca, digo como de aquí a la esquina, y no se oía nada.

—Y bueno qué, ¿era un rancho?

—No, cállate la boca, qué rancho, era un cuarto nomás, cuatro paredes pelonas. Me fijé que había una vereda que pasaba frente al cuarto, que iba a dar pues al cuarto y la tomé. Entonces ya no se veía la lucecita. Mira ya iba yo a dar vuelta. Me estaba dando muy mala espina todo aquello. Pero uno de muchacho qué va a pensar. Así que con miedo y todo me acerqué. "Buenas noches" —dije pa darme valor a mí mismo, dije no vaya a ser un pelao sinvergüenza o sepa Dios—. "Buenas noches" —oí que me contestaban—. Entonces desmonté como a dos metros de la puerta. "Buenas noches" —volví a decir—, "Buenas noches" —dijeron—, "pase señor, ¿qué no tendrá un cigarro...?" "Pase..." La voz era ¿cómo te diré?, pos como muy sua-



ILUSTRÓ: cadena m.

vecita pues, como muy dulce. Era voz de hombre, pero... bueno dije es un cristiano ai pues que se metió a esperar que pasara el agua. "Pase, señor, pase". Pero mira, era tan dulcecita la voz que empecé a maliciar y me metí la pistola enfrente, por si las moscas, una pistola muy buena niquelada que brillaba mucho en la oscuridad. "Si aquí tengo cigarros; sabe que ando buscando unas reses pintas que se cortaron p'acá..." Ya estaba yo en la entrada y miraba pa dentro y nada. Na más empecé a oír una respiración tú, como muy agitada, y como que apretaban los dientes pues, como si los rechinaran como cuando tiene uno soberbia. "No sea mala gente —le dije y ya iba yo entrando pero con la pistola lista— déjeme estar aquí con usted, ai traigo venado, temprano me sigo p'al Toloache". "Pase señor —decía el pelao— pase", pero mira si parecía que estaba rezando el desgraciado. Y ya estaba yo en medio cuarto...

—¡No hombre!

—¡Ah sí señor!, estaba ya en medio del cuarto volteando pa todos lados cuando se prende la lucecita y ¡Madre Santísima!, mira, he recibido una impresión, bueno, yo sentía que se me doblaba las piernas, que me vomitaba, no podía ni hablar ni gritar ni acertaba a moverme...

—¿Pues qué fué, qué había?

—Y que siento las manos encima, pero mira, parecían tenazas, y al rato la ropa como tiras me la arrancaba, y se movía y jadeaba y yo tiraba porrazos con la pistola y le daba pero no se quejaba. Yo ya buscaba la salida desesperado, ¡quién te metió andarte metiendo!, hazme el favor, y aquél andaba listo, brincaba cubriéndola, y entonces volvía a prender otro cerillo y más miedo me daba.

—Qué era, porque los peones...

—Y me dije, no, aquí no queda otra, pues ¿qué remedio? Mira, cada vez que me lograba coger me zarandeaba como muñeco y me aventaba contra las paredes. Tenía la borrega hecha garras. Y yo oía tú, como cadenas, que arrastraba este cada vez que se movía, y p'acá y p'allá y pacá y p'allá, cadenas, gruesas, y luego prendía el cerillo ¡ay Madre Santísima!, y de repente que se sienta en la entrada y y que se pone a llorar ¡ora sí, hasta con esa!, pero ya estaba yo maleado compadre, arreglé la pistola y dije ni modo, si me echo un billete no tiene remedio. Me fuí acercando. Mira estaba sentado y las barbas, las greñas, casi le llegaban al suelo; bueno y lleno de porquería que daba asco, asco, de vomitar. Y desnudo todo desnudo. (Bostezó largamente, se acomodó en su silla, puso los codos sobre la mesa y alisó sus cabellos blancos, enmarañados sobre la ruda frente, roja de sol.) Pues pasó junto a él, llegué al caballo, sin prisa no se fuera a descomponer otra vez, y eso sí amigo, cuando monté le piqué a la bestia a todo lo que daba.

—Bueno ¿y qué era? Los peones habían estado hablando.

—Agarré la vía. Ande y ande pa que descansara el caballo. Cuando ya estaba clareando llegué al Toloache. A la casa. Bueno digo casa es como decir aquí dos o tres cuartos, y la cocina allá más retirado. Mira iba yo ardiendo en calentura, y como muerto. Ya allí me dieron unas yerbas y me acostaron. Les conté cualquier mentira. No; a los dos días ya estaba bien, listo pa'otra, sí señor. Allí me dieron razón de las vacas.

—Bueno, pero no supo usted.

—Ya cuando salía a los dos días me dijo un vaquero que estaba allí: "agarre la vereda grande, no la deje", "la chica qué" —le pregunté—, "no, la grande, no lo vuelvan a asustar". Bueno. Entonces vi una vieja que salía con una canasta tapada, como pa cargar el lonche pues. Ya iba corri corri la vieja cuando le gritaron desde la cocina, allá las cocinas dan a los corrales, no son más que dos o tres cuartos, y lejos la cocina; se ascmó otra vieja y le gritó: "¡Adela! ¡Adela!" Se regresó la vieja. "Pus las mechas, ya las dejaste". "¡Otra vez! Yo no sé pa qué han de ser siempre las mechas". "Usted no sabe nada vieja mitotera —le gritó el vaquero que estaba acá conmigo—; usted lleve las mechas, qué sabe lo que ve el cristiano". "Mire pa lo que sirvió todo esto pues". —me dijo, y señaló mira, lejisísimos y por todos lados el horizonte de espinas, y luego se metió a la casa.

febrero 1953.